

nas, que libres de desinencias, se arreglan mejor á la sintaxis directa (59); enseñó á despreciar la sabia moderación, de la familiaridad atrevida y digna, la noble sencillez. Un estilo rebuscado es siempre malo, decía Monti, pero la pompa del lenguaje se une tanto menos con la ligereza de las materias tratadas por Boccaccio, que comunmente se ve en su Decameron, salir de los pliegues simétricos de la toga romana, el canto del trovador ó la vara del juglar. A riesgo de incurrir en la escomunion de los pedantes antiguos y nuevos, concluiremos con franqueza, como simple historiador, que Dante había abierto los tiempos nuevos, que Petrarca y Boccaccio rechazaron su época hácia la antigüedad, que fueron imitadores cuando él había inventado, clásicos cuando él era bíblico, y que adormecieron su patria cuando él había emprendido la tarea de despertarla.

Los imitadores de Boccaccio desterraron la naturalidad de los pensamientos ó de la espresion, lo que fué una de las causas por las cuales la Italia es tan pobre en comedias y novelas; por esto es también por lo que los escritores modernos han tenido tanto trabajo en encontrar ejemplos de sencillez. ¡Feliz aun si el mal no hubiera sido más que gramatical! pero el ejemplo ha estimulado, disculpado á nuestros contemporáneos de fomentar un género de literatura esencialmente inmoral, como son los cuentos.

Las *Cien novelas antiguas*, de las cuales algunas fueron escritas poco después de la muerte de Ezzelino, refieren en un estilo sencillo la vida de aquella época. Se hace «mencion de ciertas maneras elegantes de hablar, bellas cortesanas, hermosas respuestas, graciosas agudezas, hermosos regalos y bellos amores, segun han hecho varios en los tiempos pasados.»

Franco Saccetti, florentino togado, que también se ocupaba del comercio, marchó por las huellas de Petrarca en las poesías amorosas y por las de Boccaccio en las novelas. Su estilo es más corriente que el de Boccaccio, las aventuras que describe son más originales y más pintorescas que las de su

(59) Baretto, mostrando aversion á estos períodos que toman tres millas de terreno, concluyó diciendo que el lenguaje empleado por Boccaccio es con frecuencia excelente y su estilo es por lo regular detestable.

predecesor, pero le son inferiores en la intriga y vivacidad. Dejando á un lado las innobles inconveniencias y las reflexiones fuera de lugar, se encuentra en él un cuadro de la vida de entonces en aquellas chistosas palabras que dice de improviso; en aquellos hombres de corte que arrancan regalos por su importunidad; en aquellos posaderos risueños, que se divierten á espensas de los que no espresan la palabra propia; en los magistrados ignorantes ó avaros que son el blanco de los sarcasmos y de las burlas; en las fanfarronadas de los soldados alemanes con nombres revesados; en la ruindad de los emperadores que iban á Italia con la bolsa vacía, en que promoviesen pleitos los que habían estudiado derecho, por lo cual uno de Metz se admiraba de ver prosperar á Florencia aun con tantos jueces, cuando bastaba uno solo para arruinar á su patria. Estas relaciones dan, en una palabra una idea de aquella vida pública, activa, agitada, industriosa, de personas que aun no se veían contaminadas con los miasmas de una opresión pacífica.

El *Pecorone*, de Juan de Florencia, se aproxima á Boccaccio en la propiedad de la espresion y en la gracia del estilo. Un tal Aurette, enamorado de la hermana Saturnina, se mete fraile; y siendo capellan del convento que ella habita, convienen en pasar el tiempo juntos y en contarse arternativamente una novela en el locutorio. Llegan de esta manera hasta la quincuagésima: históricas en su mayor parte, están espuestas con sencillez, y los escabrosos detalles están cubiertos con arte. Pero en general, falta la rapidez y precisión á los narradores de aquel siglo, así como el carácter ingenioso que se adquiere con un largo trato con los hombres y una sociedad escogida.

Hay un mérito más real en el tratado de Angel Pandolfini de Florencia, titulado del *Gobierno de la familia*, que escribió para sus hijos en una edad avanzada, después de haber pasado gran parte de vida en los empleos y embajadas. Son preceptos de economía y moral apropiados á la clase de vida de la época, espresados con grandísima propiedad (60).

(60) Ahora, sin embargo, le ha sido arrebatado aquel libro para atribuírselo al ilustre arquitecto Leon Bautista Alberti.

CAPÍTULO XXIX

ESTUDIOS CLASICOS.

Al ver tanta grandeza hasta en sus primeros principios, ¿quién no hubiera creído que la nueva literatura iba á lanzarse por una senda propia, esencialmente distinta de la antigua? Cabalmente aconteció lo contrario, y el prurito de la erudición contuvo el vuelo del genio moderno. Petrarca y Boccaccio, pero no Dante, que no conocía á la mayor parte de los clásicos más que de nombre, habían tomado grande empeño en resucitar la literatura antigua; pero si depuró su gusto, ella hizo que Petrarca aguardara la gloria de sus versos latinos, y que Boccaccio introdujera aquellos períodos que rechazan las lenguas modernas. Boccaccio fué uno de los primeros que cultivaron seriamente el griego, divulgado después por los que huían de la cimitarra de los turcos. Cuéstanos trabajo prestar crédito á Filelfo, cuando nos dice que aun hablaba el ínfimo pueblo de Constantinopla la aurea lengua de Aristófanes y de Eurípides; y las grandes señoras y los literatos, la de los oradores é historiadores (1). De seguro la pronunciación estaba completamente alterada: él mismo hallaba en el Peloponeso «un modo de hablar corrompido que nada tenía del lenguaje primitivo y elocuente de la antigua Grecia.» Además, Coluccio Salutato escribe que Plutarco había sido traducido del griego antiguo al idioma moderno (2). Sin embargo, ¡cuán provechosamente podía ser aplicada al estudio de los clásicos una lengua todavía viva y mucho más cuando el clero no se había consagrado á los asuntos del gobierno, ni á las distracciones de la guerra, como los señores feudales, y podía emplear sus ocios en el estudio de las letras, en su instrucción, y cuando la sutileza de las cuestiones agita-

das en Oriente inducía á prestar estremada atención á las voces.

Pero ni del lenguaje ni de nada se cuidaron; las discusiones de escuela dejaban muy poco tiempo sobrante para consagrarlo á los autores profanos, y quizá entonces perecieron los líricos dorios y eolios, porque habían llegado á ser ininteligibles para los copistas. Además, en general aquellos sabios consideraban la literatura antigua como una ciencia muerta, y sólo dió frutos cuando fué trasladada á Italia.

Siempre había habido en la península hombres versados en el conocimiento del griego, aunque no fuera más que como lengua litúrgica entre los monjes de San Basilio; y vino á ser deliberadamente objeto de estudio cuando se trató de reunir la Iglesia de Oriente á la de Roma. El calabrés Barlaam, monge del monte Atos y gran fautor del cisma griego, vino como embajador de Constantinopla, y enseñó sin éxito notable esta lengua á Petrarca. Leoncio Pilatos, compatriota de este religioso y discípulo suyo, se alojó en Florencia en la misma casa de Boccaccio, á quien indujo á traducir á Homero: para este efecto mandó traer con grandes gastos un ejemplar de Levante, é inspiró á los florentinos el pensamiento de instituir para él la primera cátedra de lengua griega. Manuel Crisolaras, llegado á Florencia en calidad de orador del emperador Manuel, enseñó con más éxito en esta ciudad, así como en otras partes: luego llegó una multitud de griegos á Italia á medida que su patria caía en manos de los musulmanes. Teodoro Gazza vino de Tesalónica: además, Jorge de Trebisonda, Juan Argiropulo, Demetrio Calcondilas, Juan Lascaris, vástago de real estirpe. No trayendo consigo otros bienes que el estudio de los clásicos, no dejaron de exagerar su importancia y de declarar bárbaro á todo el que no se dedicaba á ellos, desde-

(1) Epístola de 1451.

(2) MEHUS, pág. 294.

fando hasta la lengua latina. De esta suerte el siglo de los creadores cedió el puesto al de los gramáticos y retóricos.

Hombres de mérito más efectivo se presentaron en el concilio de Florencia, donde se pusieron en debate cuestiones platónicas de la índole más seria. Besarion, nombrado cardenal, se fijó en Italia: allí acogió á los griegos emigrados y reanimó el amor hacia Platon, cuya doctrina fué esplicada en Florencia por Jorge Gemistio Pleton, y vino á ser objeto de los estudios de una academia El camaldulense Ambrosio encontró en Mantua, á principios del año 1400, niños y niñas que sabian el griego, y la hija del marqués, de edad de ocho años, conocia la gramática de esta lengua (3). La primera cátedra de literatura latina fué desempeñada (1397) por Juan de Rávena, discípulo de Petrarca.

Cuando se hubo refinado el gusto, los literatos italianos le emplearon ya en buscar autores perdidos, ya en imitarlos; puede por tanto decirse, que en Italia y por los italianos fueron descubiertos todos los clásicos. Petrarca encontró en Arezzo todos los de las Instituciones de Quintiliano, algunas oraciones de Ciceron, las tres primeras décadas de Tito Livio, y se consagró á buscar las demás, temeroso de que se perdiesen, así como Virgilio, á causa de la muelle indolencia de los hombres. Hacia memoria de haber visto en su infancia el libro *De las cosas divinas y humanas*, de Varro, las cartas y los epigramas de Augusto, obras que no han llegado hasta nosotros. Lo que pedia con más instancia á sus amigos era algun escrito de Ciceron; y con este fin enviaba dinero, acompañado de fervientes súplicas, á Italia, á Francia, á Alemania, á Grecia, y hasta á España y á Bretaña. Nada puede igualarse á su alegría cuando descubrió en Lieja, ciudad esencialmente ocupada en el negocio, dos oraciones del gran orador, y en Verona sus epístolas familiares. Crotto le envió después desde Bérgamo las *Tusculanas*: Raimundo Soranzo el tratado *De gloria*: se lo prestó á Convenévolá; no lo recuperó y la posteridad tampoco. Nicolás Sigeros le envió desde Constantinopla un Homero en griego. Boccaccio se arrastraba por las buhardillas de los conventos en busca de algunos libros: luego por economía ó en obsequio de la exactitud los copiaba por su propia mano. «Quiero contar, dice Benvenuto de Imola, lo que por chanza me referia mi venerable maestro Boccaccio de Certaldo. Decía, pues, que hallándose en la Pulla, fué al noble monasterio del Monte Casino, y anhelante por ver la librería, que, segun sus noticias, era importante en extremo, pidió rendidamente á un monje que hiciera el favor de abrirle la biblioteca; pero éste le respondió toscamente enseñándole una escalera: *Subid que abierto está*. Encaminóse alegre á ella y encontró el lugar que encerraba tan gran

(3) *In Odepor.*

tesoro sin llave y hasta sin puerta. Habiendo entrado vió la yerba que habia invadido las ventanas, y los libros, así como los estantes cubiertos de un denso polvo. Pasmado, se puso á abrir uno y otro libro, y halló gran número de libros antiguos y raros echados á perder de diferentes maneras, con cuadernos arrancados de los unos, cortadas las márgenes de las páginas de los otros. Afectado al ver los trabajos y los estudios de tantos ilustres talentos caídos en manos de gente tan ignorante, se alejó de allí con las lágrimas en los ojos; habiendo encontrado después en el claustro á un monge, le preguntó por qué libros tan preciosos estaban mutilados tan indignamente. Le respondió que ciertos religiosos para ganar dos ó cuatro sueldos, arrancaban cuadernos de que hacian pequeños libros para vender á los niños, y con las recortaduras de los márgenes relicarios para vender á las mujeres. Ahora bien, hombre estudioso, rómpete la cabeza para escribir libros (4).

Habiendo asistido el florentino Poggio Bracciolini al concilio de Constanza, halló en el monasterio de San Galo abundancia de libros «dentro de una especie de calabozo húmedo y oscuro, donde se hubiera tenido reparo en arrojar á un condenado á muerte.» Contábanse entre el número ocho oraciones de Ciceron, las Instituciones de Quintiliano, Columela, una parte de Lucrecio, tres libros de Valerio Flacco, Silio Itálico, Ammiano Marcelino, Tertuliano, así como otros que no se han encontrado luego. Las noticias suministradas por Poggio, sirvieron para descubrir en Alemania doce comedias de Plauto (5). Después el *Orador* de Ciceron fué exhumado por Gasparino Barziza, las cartas á Atico por un desconocido; los libros de la *Invenzion* y á Herennio, por Gerardo Landriano, en Lodi; se tuvieron de Paris las cartas de Plinio el Joven; de Alemania las églogas de Calpurnio y de Nemesiano; Tomás Inghirami de Volterra descubrió en Bobbio el Viaje de Rutilio Namaciano.

Un manuscrito era considerado como una de las cosas más preciosas, y una biblioteca era una magnificencia. Melchiorre, librero de Milan, pedia diez ducados de oro por la copia de un manuscrito de las Epístolas familiares de Ciceron, y Antonio de Palermo gastó ciento veinte para procurarse una de Tito Livio, vendiendo para esto una casa de campo. Tomás de Sarzano, que después fué papa, compraba á crédito, y tomaba prestado para pagar copistas é iluminadores. Petrarca se desconsolaba de que no hubiese un Plinio en Aviñon. Su biblioteca, que debia ser selecta, fué cedida, mediante una pequeña retribucion, á la república de Venecia. La de San Marcos tuvo por núcleo los libros que el cardenal Besarion legó á Venecia, «ciudad regida por la justicia, en la que reinan las leyes, donde la sabiduría y la probidad gobiernan, en la

(4) *Comentario sobre el canto XXII del Paraíso.*
(5) STEPHERD, *Vida de Poggio* (inglés).

que tienen su asiento la virtud, la dignidad y la buena fe.» Al abandonar esta ciudad donde habia pasado el tiempo de su destierro, Cosme de Médicis, dejó la suya al convento de San Jorge, y la que tenia en Florencia fué el origen de la biblioteca Lorenzana. Nicolás Nicoli de Florencia rivalizaba con Cosme, en proporcion de su fortuna, por su celo en reunir libros; y habia reunido ochocientos tomos, tanto griegos como latinos y orientales. Los copiaba él mismo, coordinando y corrigiendo los textos alterados por los copistas, lo cual hizo se le llamase el *padre de la crítica*. Legó estos libros para uso del público, y fueron depositados en el convento de dominicos de San Marcos, cuya biblioteca fué el modelo de las que se formaron después. Aflicto Coluccio Salutato con la destruccion de los manuscritos, proponia establecer bibliotecas públicas, dirigidas por sabios encargados de reconocer las mejores lecturas. Hizo adquirir una á Roberto de Nápoles: diversos señores imitaron á aquel príncipe, y se cita un Andrés de Ochis, de Brescia, que hubiera vendido sus tierras, casas, mujer y hasta á sí mismo, para añadir nuevos libros á los que poseía ya en gran número. El siciliano Juan Aurispa, que fué secretario de Eugenio IV; Juan Malpaghino de Rávena, el escritor más correcto después de Petrarca; Guarino de Verona, que enseñó en varios puntos, comentó á los antiguos é hizo sin gran éxito varias traducciones del griego, fueron gramáticos de fama. El diccionario bibliográfico (*De originibus rerum*), publicado por Guillermo de Pastrengo, veronés, amigo de Petrarca y embajador del papa, supone inmensas lecturas, aunque vaya errado sobre todo en el apéndice, en lo que corresponde á los fundadores de las ciudades y á los inventores de las cosas.

Ambrosio de los Angeles Traversari, general de los camaldulenses amigo de Eugenio IV, y su legado en Basilea, tradujo varios autores griegos, y escribió sus propios viajes (*Hodeporicon*), Francisco Bárbaro, desempeñó elevados empleos en Venecia, y embajadas cerca de otros varios príncipes: mandaba en Brescia, en tiempo del cerco de aquella ciudad por Piccinino, y encontró, sin embargo, algun tiempo que consagrar á las letras, y á una correspondencia seguida con los hombres más célebre de aquel tiempo. Hermolao Bárbaro dió una edicion de Plinio, en la cual habia corregido cinco mil faltas, y aun dejó gran número de ellas. Gasparino Barziza, de Bérgamo, llamado á Milan por Felipe Maria Visconti, para que enseñase, tuvo de Ciceron la perfeccion y un lenguaje siempre culto, períodos cultos, períodos rotundos, y buena disposicion de palabras.

Filelfo, 1398-1481.—Tuvo por discípulo á Francisco Filelfo de Tolentino, uno de los escritores más célebres y más atrabiliarios. Habia contraído matrimonio cuando ejercia en Constantinopla las funciones de secretario del bailio veneciano en aquella ciudad, con una hija de Juan Crisolaras. Antes de cumplir veinte años, fué llamado á Pádua

para enseñar la elocuencia, después en Bolonia, en Milan, Florencia y Pavia; Manuel y Juan Paleólogo le enviaron en calidad de embajador al sultan Amurates II y al emperador Segismundo.

Escribió treinta y siete libros de cartas, sátiras y otras obras, que gracias á su presuncion, le valieron encarnizados enemigos. Tomó tambien parte en las disensiones políticas; cuando los demás sabios aceptaban los favores de los Médicis, él los despreció, llegando hasta á asalaricar sicarios contra Cosme, como tambien se asalariaron para atentar á su vida. Después de haberse declarado del partido de Francisco Esforca, con quien no supo sostener amistad mucho tiempo, fué en Roma el objeto de los favores de Nicolás V; después se dirigió á Nápoles, donde el rey Alfonso le hizo caballero y le condecoró con el título de poeta. Habiendo suspendido Pio II el pago de la pension que le habia sido asignada, maldijo al papa y al papado, dejando entrever la intencion de ir al encuentro de Mahomet II, que afectado con una oda suya, habia dado libertad á su suegra y sus dos hijas, hechas prisioneras en Constantinopla. Colmado de tantos honores y pensiones, no cesó de quejarse, y anduvo de una corte en otra, inquieto, insaciable, dedicando sus obras ya á uno ya á otro, mendigando dinero en sus cartas, é injuriando tanto por una dilacion como por una negativa; *porque, decia, no se puede tener en este siglo otro Filelfo; y sabéis que nadie puede compararse conmigo en mérito con respecto á mi facultad.*

Poggio, 1380-1459.—Hubo entre Poggio y Lorenzo Valla célebres luchas en aquella época. El primero desempeñó cerca del papa las funciones de secretario, durante medio siglo, con un pequeño sueldo. Compuso después una historia de Florencia, un libro de obscenidades repugnantes, y tratados, más bien morales que políticos, sobre la nobleza, la desgracia de los príncipes, la inconstancia de la fortuna, obras en las que se manifiesta escritor enérgico y juicioso. Criticado por Valla en cinco sátiras, lanzó contra él las injurias más groseras que puede pluma escribir. Valla le replicó en el mismo tono, dedicando cosa estrañal sus *antídotos* á Nicolás V, que no hizo cesar esta querrela de mal género. Poggio sostuvo tambien encarnizados combates contra los gramáticos de la época: ¡miserable ejemplo de aquellas vergonzosas diferencias, cuyo espectáculo renuevan de cuando en cuando la hez de los literatos!

Valla, con menos talento que su rival, pero con más erudicion gramatical, suscitó dudas muy raras en aquel tiempo. Declaró falsa la donacion de Constantino; así como la carta de Jesucristo al rey Abgar; sostuvo que los apóstoles no habian compuesto cada uno un artículo del Símbolo, puso en el Nuevo Testamento notas bastante severas contra la Vulgata, fundando sus esplicaciones en la lengua original. Disparaba dísticos y sarcasmos contra los cardenales y los grandes que tardaban en concederle algun favor, y no se libertó la am-